

Policentralidad: esencia de la ciudad plural

Fernando Carrión M.

Este segundo número de la revista *Centro-h* está dirigido al tratamiento y debate de una pregunta crucial dentro del campo teórico y técnico de los centros históricos latinoamericanos: ¿la ciudad es unicentral o policentral?

Generalmente, las corrientes conservacionistas plantean que las ciudades tienen un solo centro histórico y que éste nace en el momento y lugar fundacional de la ciudad; con lo cual, por un lado, la historia de la ciudad comienza y termina en la época colonial, congelándose en su origen, y por otro, concibiendo que los cambios urbanos se producen por “fuera” de la zona considerada histórica.

Esta concepción es puesta en debate en este número de *Centro-h* porque está fundada en mitos contruidos ideológicamente. La historia de la ciudad no empieza ni termina con la fundación de las ciudades; tanto es así que en la actualidad se han decretado como centros históricos aquellos lugares que tienen presencia desde momentos precolombinos (Macchu Pichu, Ingapirca, Teotihuacan) como también los nacidos en épocas posteriores y relativamente actuales (Brasilia, Quito, Buenos Aires).

Como se tiene presente con el concepto de monumento, en tanto “obra pública y patente, como una estatua, una inscripción o un sepulcro, puesta en memoria de una acción heroica u otra cosa singular” (*DRAE*), el testimonio y la herencia cobran mucha importancia. Así, el centro histórico –como conjunto monumental, es *puesto en memoria* bajo la conservación como política central, convirtiéndolo en un componente inmutable y también único de la ciudad. Lo paradójico de la propuesta es que el centro histórico es el lugar que más cambia y ha cambiado en la ciudad a lo largo de la historia, y lo más grave puede ser que se erosione irreversiblemente si no sigue el proceso

de cambio; por ejemplo, de incorporación de las tecnologías de punta para sostener las funciones centrales que le dan sentido y esencia.

Por eso hay que afirmar explícitamente que en una ciudad no hay un solo centro histórico sino varios tipos y cantidades de centralidades. Esta afirmación se fundamenta en dos hechos: primero, dentro de la ciudad coexisten múltiples centralidades que tienen distintas funcionalidades, atendiendo al origen histórico, a la concentración de las funciones centrales y a la relación con las periferias. Y, segundo, al ser la ciudad un producto histórico, todas las ciudades y la totalidad de sus componentes son históricas. De esta afirmación se debe concluir que todas las centralidades urbanas existentes en cualquier urbe tienen cualidades para ser definidas como centros históricos.

Si todas las centralidades urbanas son históricas, no se puede desconocer que dentro de ellas existen distintos tipos de centralidades que se desprenden de dos elementos diferenciadores: el uno, la centralidad como equidistancia nacida de una relación que viene de la concentración, la intensidad y la variedad de las funciones centrales; y la otra, histórica, referida a la acumulación del valor de historia,¹ que no es otra cosa que la noción de antigüedad que tiene un espacio específico de la ciudad. Esto supone que los centros históricos (así en plural) no puedan entenderse sino en el contexto de la totalidad urbana y de las mutuas e intervinientes relaciones sociales (centro-periferia).

Al ser expresión histórica de relaciones sociales particulares, en cada coyuntura urbana se puede encontrar la redefinición de las centralidades existentes o la emergencia de nuevas; unas y otras venidas de la asimetría que se produce entre las funciones centrales (centro) y el nivel de antigüedad que tengan (valor de historia), lo cual rompe con la inmutabilidad reclamada por el conservadurismo y genera una pluralidad de cen-

1 “El valor de antigüedad últimamente excluye el valor de novedad y amenaza así el valor de uso y también el valor histórico” (Choay, 2001).

tralidades históricas. Unas centralidades tienen un nacimiento en períodos emblemáticos, otras tienen mayor noción de antigüedad y unas adicionales acumulan más funciones centrales, de allí que el tipo de centralidad histórica se defina en el ámbito de las relaciones que le dan sentido. Por eso, se puede afirmar que existen varias centralidades históricas, dependiendo de las funciones y de los tiempos acumulados; es decir que, según el peso de las dos dimensiones, se podría construir una tipología compuesta por los siguientes tres tipos ideales (Carrión, 2007):

1. La *centralidad fundacional* tuvo inicialmente la función disciplinadora y civilizatoria,² propia de las demandas de la conquista y la colonización, para posteriormente ser parte de una ciudad unicentral; esta centralidad venía desde una visión de lo público, de lo estatal y del espacio abierto donde su símbolo principal fue la plaza. Hoy, en el contexto de la ciudad plural, se caracteriza por tener la más alta concentración de historia en un espacio reducido. Inicialmente fue la ciudad toda, para después convertirse funcionalmente en centralidad.
2. La *centralidad funcional* estuvo marcada por la necesidad de la integración en el marco de una ciudad expansiva con alta segregación y centrífuga. Es una centralidad con alta densidad de funciones centrales,³ localizada en varios lugares estratégicos de una ciudad que presenta una morfología pluricentral, que es construida desde el mundo de lo privado, lo empresarial y en espacios cerrados. Su símbolo es el *mall* comercial.
3. La *centralidad temática* tiene un rol de conectividad en el contexto de la ciudad global e informacional. Se trata de una centralidad con baja noción de antigüedad e historia, es un testimonio evidente del patrón de urbanización actual y concentra las funciones que permiten articularse con las ciudades más dinámicas

2 Ahí se explica el papel preponderante de la Iglesia, de la universidad y de los aparatos estatales para construir centralidad; a diferencia de las funciones centrales actuales.

3 En este caso, las funciones están referidas al comercio, la banca y la administración pública y privada.

del mundo. Esta “centralidad” deja su consideración intraurbana y pasa a interurbana, pero también pierde la cualidad central para convertirse en un nodo de articulación de lo local a lo global. El espacio se gestiona desde la llamada cooperación público-privada y su símbolo central son los artefactos de la globalización.⁴

Esta tipología no excluye que en la actualidad muchas ciudades tengan en simultáneo varios tipos de centralidades, pero también que hayan varias de cada tipo; es decir que existan de distintos tipos y varias cantidades de cada tipo. Una situación como la descrita requiere de políticas heterogéneas para cada una de ellas, para la relación de ellas con la ciudad y para sus vínculos. La pluralidad de centralidades históricas plantea la necesidad de generar modalidades y grados de integración que lleven –a su vez también– a su articulación y a una relación con la totalidad de la ciudad. El gran reto está en integrar las distintas velocidades que tienen las centralidades y armonizar las funciones que las cobijan.

Adicionalmente, se debe tener en cuenta que con la globalización se entra a la lógica de la ciudad del conocimiento, donde las tecnologías de la comunicación y la información tienen una sobredeterminación explícita sobre la misma. Pero también la globalización fortalece el sentido de la ciudad plural, fragmentada y dispersa, donde la centralidad debería reemplazar los viejos principios de la igualdad y la integración por los del respecto a la diversidad y el reconocimiento al otro (otredad). En otras palabras, a la ciudad del conocimiento se suma la ciudad del reconocimiento, en el sentido de la necesidad de volver a conocer la historia, la memoria y el patrimonio de la ciudad, de tal manera de ver lo distinto y lo heterogéneo desde el derecho a la diferencia y no de la igualdad: lo plural conduce a una disyuntiva, por un lado, de una frontera con soberanías territoriales que llevan a una constelación de espacios discontinuos en que la ciudadanía se hace líquida

4 Esta centralidad-nodo permite la articulación del norte de las ciudades del sur, con las ciudades del norte. Las más representativas son Santa Fe en México; Ciudad Salitre en Bogotá; y Ciudad Empresarial en Santiago, entre otros.

bajo la noción de foraneidad (Carrión, 2007) o, por otro, a una relación (inter y no intra) que comprende a las fronteras como una construcción social que no separa sino que encuentra (Augé, 2007).

Este segundo número de la revista *Centro-h* tiene un énfasis en la problemática de las policentralidades, lo cual no excluye que se traten otros temas de importancia para el conocimiento de la problemática urbana en América Latina.

Se inicia con la sección *Tema central*, que busca mostrar cómo la policentralidad es una de las características importantes de la ciudad actual y lo hace sobre la base de cinco estudios de caso realizados en otras tantas ciudades, cada una de las cuales es distinta a la otra y con enfoques diferentes. Así, Felipe Link presenta el caso de la ciudad de Santiago –como un caso emblemático en el contexto de globalización– un desarrollo metropolitano y policéntrico, que muta hacia una lógica de nodos interconectados y que excluye a vastos sectores de la ciudad y de la sociedad local.

Para Brasil y en el marco de la ciudad de Río de Janeiro, Roberto Segre muestra un análisis histórico de cómo en la urbe se han ido construyendo un conjunto de centralidades en cada una de las coyunturas urbanas y cómo las centralidades han tenido una funcionalidad explícita dentro de la totalidad urbana; concluye con el análisis de la Barra de Tijuca, como parte de la ciudad analógica, donde emerge otro tipo de centralidad.

Con la ciudad de Montevideo se puede percibir, según el texto de Salvador Schelotto, un doble hecho que marca la centralidad de la ciudad en el último cuarto de siglo: la reestructuración productiva de la región metropolitana y la declinación del crecimiento poblacional, entre otros elementos, producen una transformación significativa del sistema de centralidades de la ciudad bajo tres formas: unas cambian, otras se desplazan y aparecen nuevas.

El siguiente texto de esta sección, desarrollado por René Vallejo, pone importante acento en la capitalidad como elemento principal de la centralidad, en una ciudad como Quito, que tiene esa condición.

En la segunda sección se presentan tres trabajos: uno de Fernando Carrión, en el que se plantea la necesidad de enfocar a los centros his-

tóricos como un espacio público donde lo patrimonial abarca también el color, la nomenclatura y el arte urbano. Un segundo artículo, de Rómulo Krafta y que tiene como telón de fondo a la Región Metropolitana de Porto Alegre, trabaja la centralidad urbana en el conjunto de las relaciones de un sistema urbano regional. En contraposición a esta visión central venida de las relaciones interurbanas, Artemio Pedro Abba presenta el caso de un Gran Proyecto Urbano (GPU) en Buenos Aires: Puerto Madero, y cómo, para asumir una condición de centralidad, tiene que formar parte de la centralidad metropolitana y de las centralidades emergentes en el corredor norte de la ciudad.

En la sección *Diálogo* tenemos a dos de los académicos de mayor prestigio en la región: Carlos de Mattos, de Chile, y Alfonso Iracheta, de México, hablando sobre la globalización y el territorio, como marco histórico general. Allí está el crecimiento, las periferias y la movilidad de la población; además del peso que vendría de la ecuación Estado-mercado para el manejo de la ciudad y para calificar el modelo de gestión imperante: ¿izquierda o derecha? Y claro, el debate contemporáneo de la competitividad en la ciudad, constituido a partir de nodos bajo la forma de, por un lado, las llamadas marcas territoriales o los grandes proyectos urbanos y/o, por otro lado, condicionados por la necesidad de una mayor cohesión social.

En el acápite *Renovación* se presenta la experiencia seguida por la ciudad de Montevideo en la llamada Ciudad Vieja, como el espacio privilegiado del nacimiento de la urbe. Y se presenta como una iniciativa que nace de la sociedad y que es apropiada, posteriormente, por el gobierno de la ciudad. En otras palabras, es una política urbana sobre la Ciudad Vieja nacida de las demandas sociales y asumidas por sensibilidad social por el gobierno local. **h**

Bibliografía

- Carrión, Fernando (2007). *El financiamiento de los centros históricos de América Latina y El Caribe*. Quito: Ed. FLACSO-LILP.
- Choay, Françoise (2001). *Alegoría del patrimonio*. Barcelona: Ed. Gustavo Gili.
- Diccionario de la Real Academia de la Lengua (DRAE)*